

DICIEMBRE 2021

# TENGO SED DE TI

EDICIÓN Nº 10

EVANGELIO, PAN DE VIDA  
Conocer al Corazón de Jesús

MARÍA Y LA EUCARISTÍA  
Mujer "Eucarística"

ALMAS EUCARÍSTICAS  
Hermann Cohen

*“Esta es la obra gigante de la humildad de Dios: la Encarnación,  
hecha Pan en la Eucaristía”. (P. Rodrigo Molina)*

# SUMARIO

- **P. RODRIGO MOLINA,  
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA**  
La humildad de Dios..... 3
  
- **POSTRADO A TUS PIES**  
La oración del *Magnificat*..... 4
  
- **DOCTRINA SOBRE EL  
SACRAMENTO DEL AMOR**  
La Eucaristía durante el Adviento..... 5
  
- **EVANGELIO, PAN DE VIDA**  
Conocer al Corazón de Jesús..... 6
  
- **REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO**  
La Natividad y la Eucaristía..... 8
  
- **MARÍA Y LA EUCARISTÍA**  
Mujer "Eucarística"..... 10
  
- **ALMAS EUCARÍSTICAS**  
Hermann Cohen..... 12
  
- **MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS**  
El Milagro Eucarístico de Moncada..... 14





## La humildad de Dios

**E**l P. Molina, que penetró tanto en el amor de Dios, no salía de su asombro cuando consideraba en qué momento fue instituida la Eucaristía. Decía:

*«¿Sabes qué es lo que te ha salvado? ¡La humildad de Dios! El deseo de Dios de hacerte bien le llevó a ejecutar esa obra gigante de la Eucaristía. Y esa obra gigante a favor del hombre, que fue la Eucaristía, fue hecha en la noche en que tú lo traicionabas llevándolo a la Cruz con tus pecados. ¿Lo has captado? Pues Él, cuando tú le traicionabas, te respondió regalándote la Eucaristía. ¡Qué humildad la de Dios! Y nosotros, ¡qué diferentes somos! Cuando le vendías, entonces te regaló la Eucaristía. ¡Eso es de locos! ¿Y no le vamos a amar? ¿No vamos a entregar toda nuestra vida por Él?».*

Fotografía del Padre Rodrigo Molina el día de la inauguración de los ambientes contemplativos en Puerto Rico. Domingo, 28 de septiembre de 1997.

**L**a Eucaristía es el sacramento del abajamiento, del ocultamiento. Más no podía bajar Dios. Él, que podría manifestarse en el esplendor de su gloria divina, se hace presente del modo más humilde. Se pone al servicio de la humanidad, siendo Él el Señor.

No se consideró más que los demás, no vino a despreciar a nadie, no vino a hacer sombra a nadie, no vino a desplazar a nadie, no vino a considerarse el mejor, el más santo, el más per-

fecto. Se hace el más humilde de todos. El pan es la comida del humilde y del pobre. Es un pan que se da, se parte, se comparte, se reparte... ¡Cuántos gestos de amor humilde!

Jesús Eucaristía está aquí escondido, aún más que en el pesebre, aún más que en el Calvario. En el pesebre y en la Cruz se escondía solo la divinidad, aquí en la Eucaristía también esconde la humanidad. Y, sin embargo, desde el fondo del Tabernáculo es la causa primera

y principal de todo el bien que se hace en el mundo. Él inspira, conforta, consuela a todos los que acuden a Él. Él quiere estar escondido y hacer el bien a escondidas, en silencio, sin llamar la atención.

¿Y cuántas afrentas e insultos, profanaciones, distracciones, soledad, desatenciones, no recibe este Sacramento del amor? Y en vez de quejarse, protestar, cerrar su Sagrario, dice: «Venid a Mí todos».

## LA ORACIÓN DEL *Magnificat*

**T** tiempo de Adviento y de Navidad, tiempos de preparación para el gran misterio del Dios hecho hombre entre nosotros y tiempo de contemplar a ese Dios hecho Niño.

Navidad es también el comienzo del misterio Eucarístico. Ese Niño de hoy, mañana se convertirá en Pan de Vida. Es el mismo Dios hecho Niño, hecho carne, el que se hará Pan.

**¿Cuál es la mejor oración para agradecer a Dios este inefable misterio?**

Sin duda, la oración de su Madre Santísima, ese canto que Ella elevó cuando trasfigurada por el amor y la emoción escuchó aquellas palabras de su prima Santa Isabel: “Bendita tú... y bendito el fruto de tu vientre... feliz tú que has creído” (Lc 1, 42.45). María prorrumpe entonces en un himno de gratitud y alabanza.

Apropiémonos también nosotros de esas hermosas y agradecidas palabras. En la cuna de Belén, Jesús Niño ya contempla los miles de adoradores que durante siglos lo acompañarán y la glorificarán con las palabras de su Madre:

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,  
se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador;  
porque ha mirado la humildad de su Esclava.  
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,  
porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí:  
su nombre es Santo,  
y su misericordia llega a sus fieles  
de generación en generación.  
Él hace proezas con su brazo:  
dispersa a los soberbios de corazón,  
derriba del trono a los poderosos  
y enaltece a los humildes,  
a los hambrientos los colma de bienes  
y a los ricos los despide vacíos.  
Auxilia a Israel, su siervo,  
acordándose de la misericordia  
-como lo había prometido a nuestros padres-  
en favor de Abrahán  
y su descendencia por siempre.*

(Lc 1, 46-55)



# La Eucaristía

DURANTE EL TIEMPO LITÚRGICO DE ADVIENTO

La palabra *Adviento*, “venida”, nos habla de un principio: la llegada en la carne de nuestro Salvador; y de un final: la segunda venida del Señor para concluir la historia de la salvación y comenzar esa época definitiva, más allá de nuestra medida del tiempo, en que Dios será todo en todos. Entre estas dos venidas se desarrolla el tiempo de la Iglesia como un constante Adviento de Jesucristo por medio de la acción del Espíritu Santo: llega el Señor a sus fieles a través de su Palabra, se hace presente a su Iglesia para actuar en sus sacra-

mentos, toca a nuestras puertas como hermano necesitado que invoca nuestra solidaridad.

La Iglesia recuerda la trayectoria mesiánica del pueblo de Israel. Sus textos, como trompetas de un Evangelio de liberación individual y social, son fuente de alegría. La esperanza de los creyentes es el lema de este tiempo litúrgico. Las expresiones que repetimos continuamente como “*Venga a nosotros tu Reino*” o “*Ven, Señor Jesús*”, han de ser dichas con mayor énfasis y conciencia en este tiempo de gozosa expectación.

Sí, Cristo vendrá de nuevo. Y mientras esperamos su gloriosa venida, nos dejó la Eucaristía. En la Eucaristía, Él viene como compañía y fortaleza en nuestra espera, como Cordero que borra nuestros pecados para que podamos salir a su encuentro con las lámparas encendidas.

Preparemos el camino al Señor, que no se desentiende de su pueblo sino que viene a salvarnos, recibéndolo con devoción en la Eucaristía para que podamos descubrir cada vez más el valor de los bienes eternos y poner en ellos nuestro corazón.

CONOCER AL

# Corazón de Jesús

POR EL EVANGELIO

REFLEXIÓN DE SAN  
MANUEL GONZÁLEZ

«**N**o conozco guía más seguro, ni más enterado, ni más a nuestro alcance. En cada página, ¿qué digo?, en cada hecho, en cada sentencia, en cada partícula, y hasta en cada signo del Evangelio, palpita el Corazón de Jesús. En él no hay letra, ni signo que no suene, huelga, sepa a amor. Suprimid el sentido de esa palabra en el Evangelio y lo trocaréis, de libro de la Vida, de la Luz y de la paz, en fábula de absurdos y quimeras.

**E**l Evangelio es la conjugación de los grandes verbos del corazón: amar y entregarse.

San Pablo, que ha expresado en esas dos palabras toda la obra redentora de Jesús, “me amó y se entregó por mí”, ha definido, del modo que puede ser definido con palabras de la tierra, ese Arca de los tesoros de Dios, al Corazón de Jesús. “El que me amó y se entregó a sí mismo por mí”. ¡Así! ¡Sin adverbios que limiten, condicionen o califiquen la acción inmensa de esos dos verbos!

“¿Quién dice el Venerable maestro

Fray Luis de Granda- *te trajo, Señor, del Cielo a la tierra, sino el amor?*”. *¿Quién te bajó del Seno del Padre al de la Madre, y te vistió de nuestro barro, y te hizo participante de nuestras miserias, sino el amor? ¿Quién te puso en el establo y te reclinó en el pesebre, y te echó por tierras extrañas, sino el amor? ¿Quién te hizo traer a cuestras el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años, sino el amor? ¿Quién te hizo sudar y caminar, velar y trasnochar buscando almas, sino el amor?*



San Manuel González  
(1877-1940)

*¿Quién, finalmente, te trajo hasta poner en un palo, y estar allí todo de pies a cabeza tan maltratado: las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los labios secos, la lengua amargada, y todo, finalmente, despedazado? ¿Quién pudo hacer tal estrago como éste, sino el amor? ¡Oh amor grande! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor tal cual convenía a las entrañas y a la inmensidad de Aquel que es infinitamente bueno y amoroso y todo amor!”.*

Y, ¿quién hizo del Niño de Belén el Pan de Vida sino el amor? Y el amor lo transubstanció, y el amor

lo encerró en nuestros Sagrarios hasta el fin de los tiempos, y el amor se petrificó en la Eucaristía para que nunca lo olvidemos... y que, si llegásemos a olvidarlo, con solo contemplarlo hecho Pan mudo, comestible, accesible a nosotros, recordemos su amor infinito, inmenso y eterno.

Si Dios es Amor, la Eucaristía es por excelencia el sacramento del Amor, la manifestación del Amor y la perennización del Amor».

# La Natividad y la Eucaristía

«**H**oy nos ha nacido un Niño” (Is 9, 5). ¡Qué fiesta tan amable ésta del nacimiento del Salvador! Siempre la saludamos con regocijo. Se renueva por nuestro amor y se continúa en la Eucaristía. Entre Belén y el Cenáculo hay relaciones inseparables que se completan mutuamente.

Niño Jesús pintado por Santa Teresita del Niño Jesús

La Eucaristía fue sembrada en Belén. ¿Qué es la Eucaristía sino el trigo de los elegidos, el Pan vivo? Ahora bien, el trigo se siembra, es necesario depositarlo en la tierra y es preciso que germine, que madure y que, después de segado, se muele para hacer de él pan nutritivo.

Al nacer hoy sobre la paja del establo, el Verbo divino preparaba su Eucaristía, la cual veía Él en todos los misterios de su vida, considerándola como el complemento de todos ellos. Venía a unirse al hombre; mientras viviese en la tierra, contraería con él la unión de sus gracias, de sus ejemplos, de sus méritos; pero solamente la Eucaristía había de consumar la unión más perfecta de que el hombre es capaz aquí en la tierra. No debemos perder de vista este pensamiento divino, este objetivo que se propuso Jesucristo Nuestro Señor si queremos comprender el plan divino: unión de gracia por los misterios de su vida y muerte; unión de cuerpo y persona en la Eucaristía, preparando una y otra unión la consumación de la unidad en la gloria.

Mirad ese Trigo celestial, sembrado en Belén, Casa del Pan; vedle sobre la paja; esta paja es pisoteada y triturada y representa la pobre humanidad; esta paja, de suyo, es estéril; pero Jesús la levantará de nuevo, la vivificará y la hará fecunda. Ved ya sembrado ese grano divino. Sus lágrimas son la humedad que lo hará germinar y llegará a ser hermoso. Belén se halla situado sobre una colina que mira a Jerusalén. Cuando esta espiga esté madura, se inclinará hacia el Calvario donde será molida y sometida al fuego de la tribulación para que se convierta en pan vivo.

Estas relaciones, que el nacimiento del Salvador en Belén guarda con la Eucaristía considerada como Sacramento, se descubren asimismo cuando se la considera como sacrificio.

En Belén nace un tierno Corderillo que se ofrece al sacrificio y su primer vagido es este: *“Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, sino que me formaste un cuerpo: Heme aquí (Hb 10, 5)”*. Este Corderillo irá creciendo al lado de su Madre y ella conocerá, a los cuarenta días, el secreto de su inmolación. Ella lo alimentará y lo guardará para el día del sacrificio. Y de tal modo se grabará sobre Jesucristo este carácter de víctima que, al comenzar su vida pública, viéndole San Juan Bautista, no sabrá designarle con otro nombre que con el de Cordero divino.

EL SACRIFICIO COMENZADO EN BELÉN SE CONSUMA, SOBRE EL ALTAR, EN LA SANTA MISA.

¡AH, QUÉ CONMOVEDORA ES LA MISA DE NOCHEBUENA EN TODO EL MUNDO CRISTIANO! EL OBJETO DE NUESTRA FIESTA, QUE ES TAMBIÉN NUESTRO AMOR, ESTÁ ALLÍ PRESENTE: NOSOTROS VAMOS REALMENTE A BELÉN Y ALLÍ ENCONTRAMOS, NO UN RECUERDO, NO UNA IMAGEN, SINO EL MISMO DIVINO NIÑO.

LA EUCARISTÍA EMPIEZA EN BELÉN: ES QUE EL EMANUEL VIENE YA A HABITAR EN MEDIO DE SU PUEBLO; COMIENZA HOY A VIVIR ENTRE NOSOTROS, Y LA EUCARISTÍA PERPETÚA SU PRESENCIA.

Allí el Verbo se hizo carne; en el Sacramento, se hace pan para darnos a comer su carne.

Allí también, en Belén, dan principio las virtudes del estado sacramental. Allí oculta ya su divinidad para familiarizar al hombre con Dios. Allí priva al hombre de ver su gloria divina para llegar gradualmente a encubrir también su humanidad. Allí reprime su poder mediante la debilidad de sus miembros infantiles, más tarde los encadenará por medio de las santas especies. Allí es pobre, se despoja de toda propiedad, Él, que es el criador y dueño absoluto de todas las cosas, el establo no es suyo, sino que lo tiene de limosna, y vive con su Madre de las ofrendas de los pastores y de los dones de los Magos. Más tarde, en la Eucaristía, pedirá al hombre un sitio donde albergarse, la materia de su Sacramento y los ornamentos necesarios para sus ministros y para su altar. Ved cómo Belén nos anuncia la Eucaristía.

Allí encontramos también la inauguración del culto eucarístico en su principal ejercicio: la adoración. María es la primera adoradora del Verbo encarnado; José, su primer adorador. Ellos creen firmemente. Los pastores y los Magos adoran en unión con María y José. La Eucaristía será también punto de cita de las gentes de toda condición y el centro del mundo católico.

Regocijaos, pues, en este hermoso día, en el cual empieza su carrera el sol divino de la Eucaristía. Que vuestra gratitud no separe nunca el pesebre del altar, el Verbo hecho carne del hombre-Dios hecho pan de vida en el santísimo Sacramento».

# Mujer “Eucarística”

DE LA CARTA ENCÍCLICA  
 “ECCLESIA DE EUCHARISTIA”,  
 DE SAN JUAN PABLO II

«**S**i queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia.

En la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, presentando a la Santísima Virgen como Maestra en la contemplación del rostro de Cristo, he incluido entre los misterios de la luz también la institución de la Eucaristía. Efectivamente, María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él.

María es mujer “eucarística” con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo misterio.

En cierto sentido, María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. La Eucaristía, mientras remite a la Pasión y la Resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor.

Hay, pues, una analogía profunda entre el *Fiat*, pronunciado por María a las palabras del Ángel, y el *Amén* que cada fiel dice cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió “por obra del Espíritu

*Santo*” era el “Hijo de Dios” (cf. Lc 1, 30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino.

“*Feliz la que ha creído*” (Lc 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en “tabernáculo” -el primer “tabernáculo” de la historia- donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel como “irradiando” su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?

María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión

sacrificial de la Eucaristía. Cuando llevó al Niño Jesús al templo de Jerusalén “para presentarle al Señor” (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel Niño sería “señal de contradicción” y también que una “espada” traspasaría su propia alma (cf. Lc 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el “*Stabat Mater*” de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de “Eucaristía anticipada”, se podría decir, una “comunión espiritual” de deseo y ofrecimiento.

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: “*Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros*”? Aquel cuerpo, entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.

Así, como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía.

En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar relejendo el *Magnificat* en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias.

En el *Magnificat*, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Puesto que el *Magnificat* expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un *Magnificat*!».

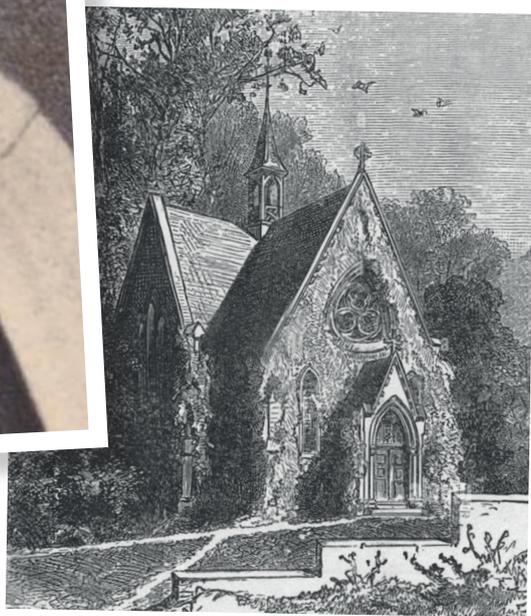
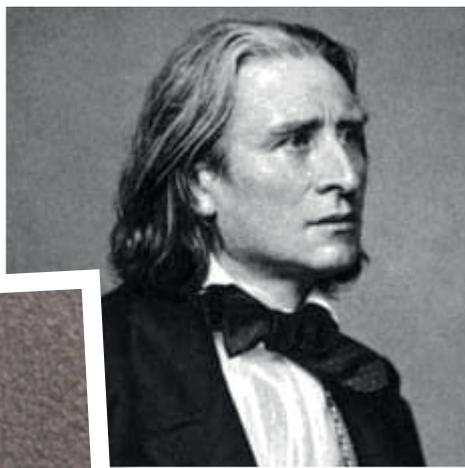


*¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un Magnificat!*

➤ Hermann Cohen



➤ Iglesia de Ems (Alemania)



se convierte en el alumno predilecto y auxiliar de Franz Liszt. Hermann, adolescente y joven, se sumerge en la frívola sociedad parisina de entonces.

En 1847, con veintiséis años, el príncipe de la Moscowa le pide que le sustituya en la dirección de un coro en una función en la Iglesia de Santa Valeria. Hermann no podía negarse. En el momento final, el sacerdote da la bendición con el Santísimo y Hermann experimenta una extraña emoción, grata y fuerte. Desconcertado, vuelve a la Iglesia los viernes siguientes y, siempre que el sacerdote bendice con el Santísimo, experimenta la misma emoción. No sabe cómo explicar lo que le ocurre... Es el primer toque de la gracia.

## Hermann Cohen

### EL PRODIGIO DEL PIANO QUE SE CONVIRTIÓ EN CAMPEÓN DE LA EUCARISTÍA

Las vidas de los santos están repletas de historias de notorios pecadores que se convirtieron en ejemplos del catolicismo. Pocos, sin embargo, son tan inusuales como la vida de Hermann Cohen, niño judío prodigio del piano y adicto al juego convertido en campeón de la Eucaristía y promotor de la Adoración nocturna del Santísimo Sacramento.

Hermann nace en Hamburgo (Alemania) el 10 de noviembre de 1820 en el seno de una acaudalada familia hebrea. Asiste a una escuela protestante donde Hermann, dotado de una inteligencia extraordinaria, se sitúa en los

primeros puestos y es estimado por todos.

Además, es un prodigioso talento musical. A los seis años toca el piano admirablemente y desde los doce es concertista. A los trece años

Meses después, en la Iglesia de Ems (Alemania), donde tiene que dar un concierto, en el momento de la Elevación de la Santa Misa siente de pronto que las lágrimas corren abundantemente por sus mejillas, mientras surge en su corazón el dolor por su vida pasada. Al salir de la Iglesia, Hermann es ya católico.

Sin embargo, su camino hacia la conversión total y definitiva aún es largo. Comienza renunciando a su frívola vida, sufriendo las burlas de sus antiguos amigos. Conoce a un sacerdote que lo acoge y escucha con benevolencia y afabilidad,

lo instruye llenando su alma de la luz, la vida y el calor de los grandes misterios de la fe. Se fija su bautismo para el 28 de agosto, fiesta de San Agustín, y toma el nombre de Agustín María Enrique. El 3 de diciembre de 1847, recibe la Confirmación.

Hermann se siente especialmente atraído por los Templos en los que se expone el Santísimo Sacramento. Un día, entra en la Iglesia del convento de las Carmelitas para adorar a Nuestro Señor expuesto en la custodia. Sin darse cuenta del paso de las horas, llega la noche. Una Hermana da la señal para cerrar la Iglesia, deben salir todos, pero Hermann dice a la religiosa: *“Saldré de aquí cuando lo hagan aquellas señoras que están al fondo de la capilla”*. *“No saldrán en toda la noche”*, responde la Hermana. Cohen protesta, quiere quedarse, pero no se le permite.

Al salir de la Iglesia, se dirige a casa de Monseñor de la Bouillierie y le explica su pesar. *“Bien -le dice Monseñor- encuéntreme usted hombres y le autorizaré a imitar a esas buenas mujeres, cuya suerte ante Nuestro Señor envidia”*. Hermann, feliz con la respuesta, se pone inmediatamente en busca de hombres de fe, deseosos, como él, de agradecer, acompañar y adorar a Jesús Eucaristía, entregándole amor por Amor. A finales de mes ya eran diecinueve los compañeros. Monseñor de la Bouillierie preside

su primera reunión. En el acta se lee *“...con la intención de fundar una asociación que tendrá por objeto la Exposición y Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento y la reparación de los ultrajes de que es objeto...”*.

La primera noche de Adoración se celebra el 6 de diciembre de 1848 en el Santuario de Nuestra Señora de las Victorias, en París. A partir de este momento, la Adoración Nocturna se expande rápidamente por las parroquias de la Capital y de otras ciudades francesas.

El 16 de julio de 1849, Hermann ingresa en la Orden Carmelita y toma el hábito con el nombre de fray Agustín María del Santísimo Sacramento. Se entrega con generosidad a su nueva vida. Destaca por su intenso espíritu de oración, humildad, obediencia, sencillez, prudencia, abnegación y austeridad. Es ordenado sacerdote el Sábado Santo de 1851.

Es enviado a predicar por distintas ciudades. Sus enardecidas palabras de amor de Dios convierten a las almas y las atraen al confesionario, a la devoción por la Santísima Virgen y a la Eucaristía. Conoce y mantiene frecuente contacto y amistad con el Santo Cura de Ars y con San Pedro Julián Eymard.

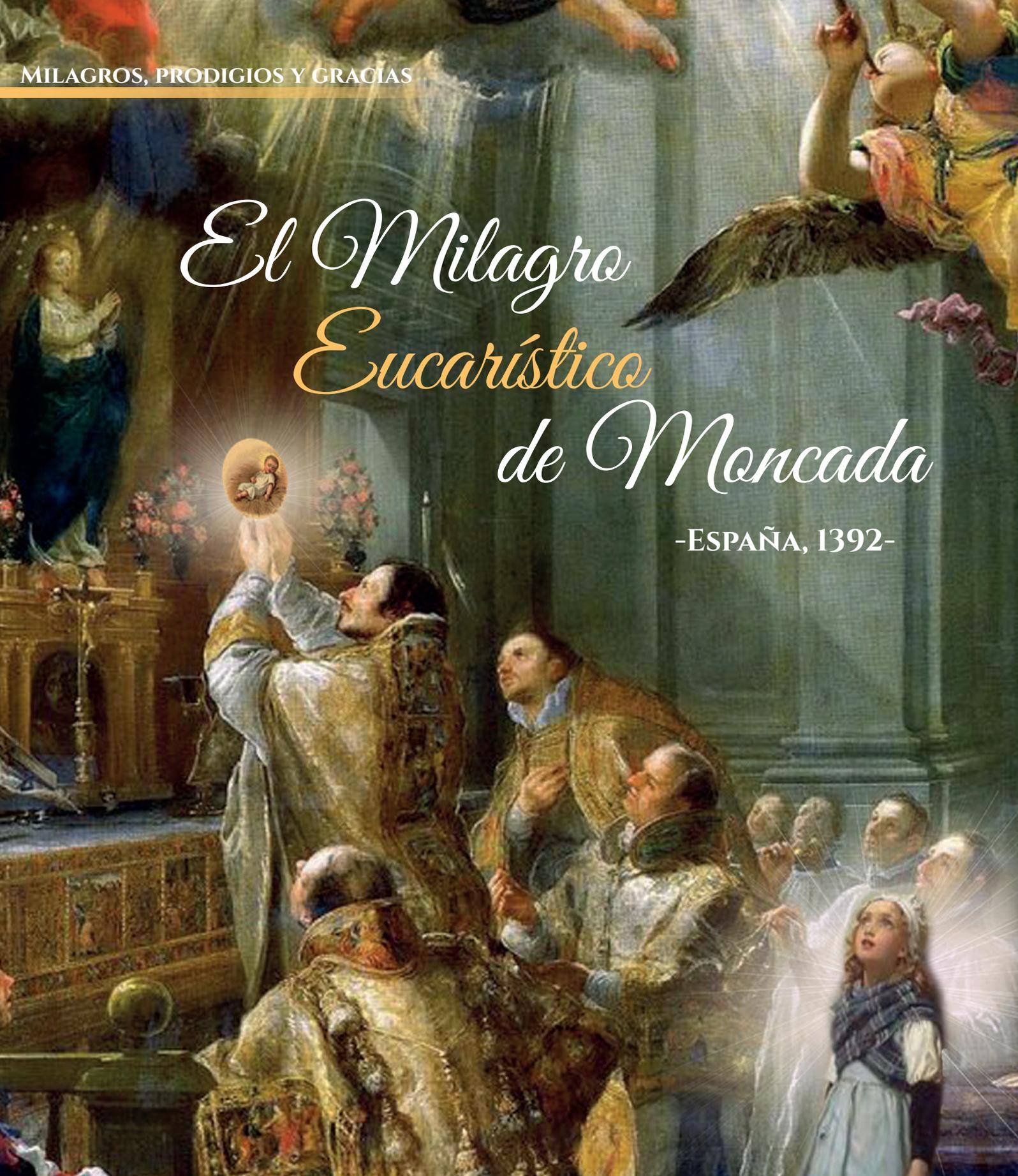
El 19 de julio de 1870 estalla la guerra entre Francia y Prusia. El obispo de Ginebra pide al P. Hermann que

se encargue de los cuidados de los prisioneros franceses internados en Prusia. En estas condiciones, contrae la viruela. El 15 de enero, ante el avance de la enfermedad, se le administra la Santa Unción. El P. Cohen, a pesar de sus dolores, recita en voz alta el *Te Deum*, el *Magnificat*, el *De profundis* y la *Salve Regina*. El 19, se confiesa y comulga por última vez. A las once de la noche, por deseo de quienes lo asisten, los bendice extendiendo los brazos y pronunciando lenta y majestuosamente las palabras de la bendición. Luego murmura: *“Y ahora, Dios mío, en tus manos encomiendo mi espíritu”*. Son sus últimas palabras. A la mañana siguiente, 20 de enero de 1871, hacia las diez, hizo un pequeño movimiento y, algunos minutos después, mientras la religiosa que lo vela canta la Salve a petición suya, el P. Hermann expira dulcemente. Conforme a sus deseos, fue enterrado en la Iglesia de Santa Eduvigis, en Berlín, donde todavía reposan sus restos.

El P. Hermann Cohen fue el cantor de la Eucaristía. Desde el día en que la gracia divina iluminó su alma haciéndole captar sensiblemente la Presencia real de Jesucristo en el Sacramento del Altar, vivió tan solo para amar y hacer amar a Jesús-Hostia. No cesó de amar y de predicar a Cristo en la Eucaristía y a su Santa Madre.

# *El Milagro Eucarístico de Moncada*

-ESPAÑA, 1392-



**E**l 25 de diciembre de 1392, Inés Pedrós Alpicat, una niña de tan solo 5 años, fue testigo de un milagro eucarístico que se manifestó ante un sacerdote que dudaba de la validez de su Ordenación sacerdotal. Este temor se disipó cuando el Niño Jesús se apareció en la Hostia consagrada.

**L**a elección del Papa Urbano VI, el 18 de abril de 1378, fue atacada duramente por los cardenales franceses quienes querían un Papa francés para poder así regresar a la sede papal de Aviñón.

Luego de muchas vicisitudes, el 20 de septiembre de 1378, eligieron al antipapa Clemente VII, provocando así un cisma en el corazón de la Iglesia con dos supuestos Papas enfrentados entre sí. Los cismáticos intentaron adueñarse de Roma con la fuerza de las armas; pero, siendo derrotados, se retiraron a Aviñón donde Clemente VII continuó gobernando como si fuese el Papa legítimo.

Además, ambos Papas promulgaron la excomunión a quienes apoyaban a su contrincante. Esto provocó una gran incertidumbre entre los sacerdotes y el pueblo.

En este período de perplejidad, un sacerdote, el rector de Moncada (en Valencia, España) Mosén Jaime Carrós, vivía muy atormentado por no saber si su ordenación sacerdotal era realmente válida ya que había sido consagrado por un Obispo ordenado por el antipapa Clemente VII.

Cada vez que celebraba la Santa Misa, el buen sacerdote sufría por el temor de estar engañando a los fieles, suministrándoles Formas no consagradas y administrando falsamente todos los demás sacramentos. El sacerdote imploraba al Señor que le diese un signo para disipar sus dudas, quería saber si realmente Nuestro Señor estaba presente en el pan que él consagraba y que, con buena fe, repartía a los fieles. Dios escuchó las súplicas del sacerdote.

El día de Navidad del año

1392 recibió la respuesta. Ese día, en que el Dios se hacía hombre y nacía en un portal por amor a los hombres, quiso consolar a su servidor y darle una prueba tangible de Su presencia real.

Ese día participó en la Santa Misa una mujer de la nobleza llamada Angela Alpícat, junto con su hija de cinco años, Inés (la futura Santa Inés de Moncada).

Concluida la Santa Misa, la niña se negaba a salir de la iglesia diciendo a la mamá que quería quedarse para jugar con el niño maravilloso que el párroco había tenido entre sus manos durante la Consagración. Y es que la pequeña Inés había visto en las manos del sacerdote al Niño Dios en la forma consagrada.

Ese mismo día, en la siguiente Santa Misa, ocurre lo mismo. La niña está radiante de felicidad y emocionada.

El día 26, la señora Angela participó nuevamente en la Santa Misa y, cuando el sacerdote elevó la Hostia, la niña vio nuevamente al Niño entre las manos del sacerdote. Es entonces cuando al finalizar la Santa Misa, la señora Angela decide acercarse al sacerdote y narrarle lo que había visto la niña y sus expresiones de gozo. El párroco entendió enseguida que era la señal del cielo que él tanto pedía. Y comenzó a interrogar a la peque-

ña, la cual respondía a todas las preguntas sin ninguna dificultad.

El sacerdote incitó a la madre que llevara nuevamente a la pequeña a la Santa Misa del día siguiente. Y se repite el mismo fenómeno.

El día 28, Mosén Jaime invitó a varios testigos para que presenciaran la prueba a la que sometería a Inés. El sacerdote tomó dos Hostias, pero consagró una sola. Con la Hostia consagrada en la mano preguntó a la niña qué cosa veía. Ella respondió: “*Veo al Niño Jesús*”. Luego, elevó la hostia no consagrada y le hizo la misma pregunta. Inés respondió: “*Veo un pequeño disco blanco*”.

El sacerdote partió la Hostia consagrada y le preguntó a Inés qué veía, a lo que la niña dijo que veía dos Niños Jesús... También parte la hostia no consagrada y la niña dice ver trozos de pan.

La niña señaló en todas las ocasiones ver al Niño Jesús solo a la forma consagrada. Todos quedaron maravillados, y el sacerdote entendió el signo como una confirmación de la validez de los sacramentos y de la presencia real de Jesús en la Eucaristía.

Confirmado en sus dudas, el sacerdote no lograba hablar por la conmoción y la alegría.

*Con este milagro, Dios no solo confirmó la fe del sacerdote sino la del pueblo. El Señor quiso así enseñarnos que, pese a todas las dificultades, Él sigue presente en su Iglesia, la guía y conduce y la llevará a puertos serenos de paz. Así en Navidad... Así en la Eucaristía.*



«La Eucaristía empieza en Belén: es que el Emmanuel viene ya a habitar en medio de su pueblo; comienza hoy a vivir entre nosotros, y la Eucaristía perpetúa su presencia. Allí el Verbo se hizo carne; en el Sacramento, se hace pan para darnos a comer su carne». (San Pedro Julián Eymard)

# Reinado de María

[www.reinadodemaria.org](http://www.reinadodemaria.org)

Síguenos en:

 NSEradio

 [www.nseradio.com](http://www.nseradio.com)

 [www.nsetv.com](http://www.nsetv.com)



nstvradio  
ejercito blanco



@nseradio  
@nsetv



nseradio  
nsetv